

en cumplimientos y en caravanas con aquel hombre, que sin volver á mirarle siquiera, se salió de la taberna alzándose el embozo.

—¡Dios de Israel!—exclamaba el judío—¡Dios de Abraham! este debe ser un duque; ¡qué duque! un príncipe: mas, mas; quizá un monarca: ¡una onza de oro por una noticia! Y se metió á contar el lance á su mujer y á esconder su oro.

Cuando Juan el desollador salió de la taberna, comenzaba ya á oscurecer, y sin pérdida de tiempo se dirigió á su casa, cuidando antes de pasar por la de Julia, que estaba casi á la orilla de la aldea, en medio de un bosquecillo de arbustos cubiertos de flores.

El Oso-rico rodeó como un chacal que acecha su presa, por toda la barda del pequeño jardín.

Por las ventanas de la casa se observaba luz, y en un punto en que la barda estaba mas inmediata á la habitacion se puso á escuchar, porque oyó voces.

Julia hablaba en voz alta con su madre.

—Ahí está—dijo alegremente Juan;—ya nos veremos en la noche.

Y se puso en marcha para su casa, saboreando el éxito de su plan, como se saborea el tigre que olfatea de lejos la sangre.

### III.

#### En las Palmas Hermanas.

ERA ya cerca de la media noche y la aldea de San Juan estaba en el mas profundo silencio, que no interrumpia sino de cuando en cuando el canto de algun gallo, ó el mugido de alguno de los toros encerrados en los corrales de los desolladores.

La casita en que vivian Julia y su madre estaba envuelta en esa penumbra que se derrama en la tierra cuando la luna no alumbra con toda su plenitud.

Todos indudablemente estaban entregados al sueño, porque no se veia ni una luz y no se sentia el mas leve rumor en la habitacion.

Sin embargo, por la parte de afuera de las tapias del jardín podia observarse un bulto que estaba como en acecho; era un hombre, y un hombre que evidentemente se impacientaba, porque pasaba unas veces á lo largo de las paredes, y otras se detenia procurando observar por encima de las tapias lo que pasaba en el interior del jardín.

Largo rato permaneció aquel hombre en aquella monótona ocupacion, y parecia ya próximo á abandonar su empresa, cuando en una de las veces que se asomó sobre la tapia le pareció escuchar un ruido ligero que salia de una de las puertas.

Contuvo la respiracion, aplicó el oido, y procuró penetrar con su mirada entre esa confusa mezcla de luz y sombra que envolvía la casa, y á fuerza de mirar logró distinguir algo.

Una de las puertas de la habitacion que caian al jardin, se abrió poco á poco como con gran precaucion, y por allí se deslizó una persona que volvió á cerrar la puerta con el mismo cuidado.

—Ella es—dijo el hombre de la tapia, dejando escapar el aliento, que habia contenido en su pecho durante un rato. —¡Es Julia!

La mujer salió al jardin y comenzó á caminar por él con timidez; de repente se detuvo como espantada; habia sentido que alguien la seguia: volvió el rostro, y á pocos pasos de ella y mirándola amorosamente estaba parado un hermoso lebrél blanco y negro, de esos que acostumbraban tener los cazadores de la isla Española.

—Vaya, Titan—dijo la jóven volviendo en sí de su espanto—buen susto me habias dado: quédate aquí, que necesito que cuides la casa mientras vuelvo.

El inteligente animal se detuvo, y la jóven siguió andando hasta llegar á una de las tapias del jardin que estaba literalmente cubierta de enredaderas; se acercó allí, comenzó á apartar los bejucos, y luego se inclinó como para pasar.

—Vamos—dijo entre sí el hombre de la tapia—he aquí una entrada que yo no conocia; bueno es saberlo, ya nos aprovecharemos de ella.

La jóven habia salido al campo del otro lado de la tapia, y allí se detuvo á examinar con curiosidad por todos lados.

El hombre se dejó caer entre los matorrales y permaneció sin moverse, sin respirar siquiera.

La jóven pareció estar tranquila y segura de que nadie la veia, y cubriéndose con un ancho abrigo negro, se puso á caminar tan ligera y tan serena como si se deslizara sobre la tierra.

El camino que eligió pasaba cerca, muy cerca del lugar en que el hombre estaba oculto, y el trage de la jóven rozó el rostro del hombre: si el perro hubiera acompañado á su ama, indudablemente no hubiera dejado de descubrirlo; pero Julia iba muy distraida y preocupada con lo que esperaba y con lo que temia, nada advirtió, y sin vacilar un instante tomó el camino que conducia á las *Palmas Hermanas*, que era una veredita angosta que serpeaba entre los árboles y las malezas del prado.

El hombre dejó alejarse á la jóven, y luego levantándose, siguió tras ella.

En aquella especie de persecucion Julia no notaba siquiera que alguien venia tras ella, y se deslizaba entre un bosquecillo de *yupinas* y de *cazemitus*, que se iba haciendo cada vez mas espeso.

El hombre la perdía de vista algunas veces, porque la escasa claridad de la luna penetraba apenas entre el follaje, y entonces se detenía hasta que un rayo de luz que se deslizaba por donde era menos espesa la bóveda de verdura, le hacia volver á distinguir la sombra de Julia que seguia caminando.

La jóven llegó así hasta una gran plazoleta despojada de árboles y que comenzó á atravesar sin detenerse, siguiendo el sendero trazado entre las yerbas, y que se distinguia

como una inmensa culebra que iba á esconderse en un bosquecillo que servia de fondo á la plazoleta, y sobre el cual se levantaban erguidos y ondulantes los penachos de dos gigantes palmeras.

—Hé aquí las *Palmas Hermanas*—dijo el hombre;—me parece prudente quedarme aquí esperando la vuelta de esa ternerilla blanca: aquí la veré cuando salga del bosque; veré si viene sola y podré tomar mis providencias. Pongámonos en acecho buscando una postura cómoda..... porque me parece que es cosa de esperar un rato largo.....

Y se sentó en un tronco, procurando quedar oculto enteramente.

Julia entretanto se habia internado al bosque, y comenzaba ya á buscar al cazador dando ligeros gritos.

De repente oyó un ruido como si se agitase violentamente la maleza, y dos enormes lebreles semejantes al que habia quedado en su casa, llegaron á sus plantas arrastrándose, moviendo alegremente la cola y dando esos pequeños aullidos con que los perros demuestran el exceso de su alegría.

—Buenas noches, Tizoc, buenas noches, Maztla—decia la jóven acariciando alegremente las enormes cabezas de los lebreles con sus manitas blancas y pequeñas;—¿dónde está vuestro amo?

La maleza se agitó de nuevo y apareció entonces Brazo-de-acero con el mismo traje que llevaba en la mañana, teniendo en su mano derecha un mosquete.

—¡Antonio!—exclamó la jóven tendiéndole los brazos.

—Julia mia—dijo el cazador estrechándola entre los suyos y estampando en su frente un beso que no escucharon ni las auras del bosque.—Julia mia, pobrecita, ¿has tenido miedo para llegar hasta aquí?

—No, Antonio; ¿cuándo tengo yo miedo tratándose de verte?

El cazador la miró con ternura y volvió á estrecharla entre sus brazos.

—¿Y aquí conmigo no tienes miedo á nada, alma mia?

—¿Y á qué podia yo temer estando contigo, Antonio? ¿no eres tú mi amante, mi padre, mi hermano? ¿adónde mas segura que á tu lado?

—¡Inocente!

—Sí, Antonio; tú eres todo para mí: ven, siéntate aquí, en este tronco, y óyeme; ahora que me acuerdas eso, te contaré.

Julia se sentó al lado del cazador y comenzó á hablarle jugando infantilmente con los negros y rizados cabellos del mancebo.

Aquel era un grupo artístico; la luna resbalaba sobre la tostada frente de Brazo-de-acero, hiriendo sus ojos brillantes é iluminando el semblante encendido de la doncella, que le miraba arrobada y que estaba como suspendida en sus brazos.

—Oyeme, Antonio, pero no te rias de mí: desde que yo era niña me enseñaba mi madre á rezar todas las noches al ángel de mi guarda, y yo lo queria mucho: ¡qué bonitos serán los ángeles! Me decia mi buena madre que el ángel era muy bello, muy fuerte, que me defenderia del demonio y de mis enemigos, que combatia contra los que me querian hacer mal, y que los vencia; entonces era yo niña y ya me figuraba yo cómo debia ser aquel ángel, tan fuerte, tan gallardo, tan valiente, y tenia yo confianza en él, y nunca sentia el miedo; pero ¿lo creerás, Antonio? desde que te conocí, desde que me dijiste que me querias, me parece que siempre me representaba yo al ángel de mi guarda como

eres tú, tan bello, tan valiente, tan bueno, siempre cuidándome y siempre pensando en mí, ¿es verdad?

—¡Julia! exclamó el cazador, que la escuchaba con la sonrisa de la felicidad en los labios, y contemplando aquella inocencia casi con adoración.—Julia, ¡qué buena y qué inocente eres!

—¡Ah!—exclamó de repente la jóven—¿y qué me querías decir?

—Nada—contestó el cazador, avergonzado de haber desconfiado un solo momento de aquel ángel—nada, no mas decirte que te amo cada día mas.

—No, no era eso, no; tú estabas triste; crees que no te conozco! Y bien, ¿qué tenías? Dime, dime, ó yo me voy á poner triste tambien.

—Oyeme, Julia; ¿tú nunca tienes celos?

—Celos! ¿y qué son celos? yo oigo hablar de eso y no lo entiendo.

—Es decir, temor de perderme, de que ame yo á otra mujer, de que otra me ame.

—¡Ay! sí, temor de perderte, sí; y me entristezco mucho, mucho, porque allá en el pueblo nos cuentan que hay toros muy bravos en los montes, que se arrojan sobre los cazadores y suelen matarlos: cuando pienso en esto, tengo miedo por tí y rezo mucho á la Virgen. Que tú quieras á otra y que te quieran á tí! ¡si vieras qué gusto me da que las muchachas digan de tí cuando pasas: ¡qué hermoso es el mexicano! ¡qué valiente Brazo-de-acero! me pongo loca de gusto, y digo dentro de mí: «para eso que es mio y muy mio, y me quiere como á las niñas de sus ojos:» ¿es cierto?

—Verdad, verdad, Julia; ¿y otros hombres no te dicen amores?

—Sí, sí, muchos; me mandan flores y cartas y se me

quedan mirando, y me suspiran: ¡pobres! y yo digo, ¿en qué pueden compararse estos con mi Antonio? pero me da gusto que me llamen bella y hermosa, y todo eso porque yo lo creo y estoy contenta, porque entonces creo tambien que si á ellos les agrado, te agradaré á tí, que es mi único deseo.

—Eres adorable, adorable; ¿y me quieres mucho?

—Mucho, mucho, y me da placer repetírtelo, y repetir á mis solas, cuando estoy regando mis flores ó en los quehaceres de mi casa, allá dentro de mí, como si estuvieras presente y me oyeras, decir cada momento: «Antonio, te quiero mucho; quiéreme mucho; yo no puedo vivir sin tí: ¿cuándo viviremos juntos?» Y todo esto me da mucho consuelo repetirlo, y cuando nada tengo que hacer voy á sentarme en el jardin y estoy mirando esas montañas por donde me figuro que andas. ¡Ah! ¿te acuerdas el otro día que estuviste en casa en el jardin? ¿que el suelo estaba mojado? sí, ¿es verdad? La huella de uno de tus piés se quedó señalada en la tierra, y yo estaba cuidando aquella señal para que no se borrara: duró muchos días, hasta que el viento la fué haciendo desaparecer y me entristecí: ¡qué piés tan chiquitos tienes! parecen de mujer.....

La jóven contemplaba al cazador y sonreía de felicidad.

De repente los perros levantaron sus hermosas cabezas y dieron muestras de inquietud. Julia lo notó.

—¡Ay, Antonio!—exclamó—quién sabe lo que pasa; tus perros están inquietos.

—Nada temas, alma mia; habrán olfateado algun toro: si hubiera un peligro, ya los verias; estos animales conocen mas que un hombre cuando hay necesidad de estar alerta.

Los perros parecieron comprender aquella alabanza y se llegaron al grupo de los jóvenes moviendo las colas y apo-

yando las cabezas en los regazos de Julia y de Brazo-de-  
acero.

—¡Pobrecitos!—dijo la jóven acariciándolos—¡cuánto los  
quiero! porque siempre te acompañan, porque te cuidan co-  
mo me cuida á mí el Titan que tú me regalaste.

—Vale ese perro mas que un esclavo.....

—Ya me voy—dijo de repente Julia.

—¡Tan pronto!

—Sí; no vaya á despertarse mi madre.....

—¡Pobre de la señora Magdalena! siento tener que en-  
gañarla.

—Es verdad, pero ella tiene la culpa; te quiere como á  
su hijo, y sin embargo, está encaprichada en que no me he  
de casar sino con un paisano mio, con un francés, y yo te  
quiero á tí que eres indiano.

—Con el tiempo llegará á convencerse.

—Dios quiera, pero me parece imposible: adios.....

—Adios, mi Julia, adios; te acompañaré.

—No, no, vete; está eso tan tranquilo: y es tan cerca y  
conozco tanto ese camino, que no vale la pena: adios, adios.

Julia abrazó al cazador y se enderezó sobre la punta de  
sus piecitos para alcanzarle la boca; dió y recibió un beso,  
se envolvió en su manto, y ligera como una gacela, desapa-  
reció entre un grupo de guayacanes.

El cazador se quedó un momento escuchando el ruido que  
hacian los vestidos de Julia entre la hojarasca, y luego  
cuando todo quedó ya en silencio, lanzó un suspiro, se ter-  
ció en el hombro su mosquete, y se perdió en el bosque por  
el opuesto rumbo al que habia tomado la jóven.

Julia atravesó el bosquecillo y llegó á la gran plazole-  
ta, la cruzó distraida, y se internó en la arboleda que habia  
en el lado opuesto.

Pero habia apenas penetrado unos cuantos pasos, cuando  
sintió un gran ruido; volvió el rostro, y de la espesura se  
desprendió un hombre que la tomó violentamente entre sus  
brazos.

Julia gritó, pero el terror la habia enmudecido, y su gri-  
to produjo apenas el ruido que causa una rama al caer;  
quiso resistirse, pero aquel hombre la sujetaba como pudie-  
ra haberlo hecho con un niño, y la jóven se estremeció de  
horror, porque lo primero que aquel hombre hizo, fué im-  
primir un beso en su boca.

Julia huyó el rostro; pero el hombre besó entonces su  
cuello, y la seguia conduciendo á un lado del camino, y la  
seguia besando. ¡Cómo se arrepentia entonces Julia de no  
haber admitido la compañía del cazador, de no haber lleva-  
do siquiera al Titan! él la hubiera defendido, y en aquel  
momento se encontraba sin amparo.

Toda lucha fué inútil, y así llegaron hasta un lugar apar-  
tado.

—Aquí, gacela—dijo el hombre;—aquí, ven á decirme  
si me quieres; aquí vas á ser mia por tu voluntad ó por la  
fuerza.

—¡Infame!—exclamó Julia;—no, no y mil veces no.

—¿Y quién te protegerá?—continuó el hombre oprimién-  
dola entre sus brazos y procurando acariciarla al mismo  
tiempo.

—¡Dios!—dijo con suprema angustia la jóven.

—¡Dios!—repitió una voz grave y serena entre la maleza.

—El raptor alzó el rostro con espanto, y Julia lanzó un  
grito de placer.

La maleza crugió bajo los piés de un individuo, y un  
hombre alto, embozado en una capa negra, se presentó en el  
lugar de la escena.

El raptor, que no era otro que el Oso-rico, tuvo un relámpago de audacia, y tomando á Julia de la mano izquierda, la cubrió con su cuerpo, desnudando al mismo tiempo un enorme cuchillo con la derecha.

La luz de la luna hizo brillar el acero; pero el recién venido impassible siguió avanzando, y el desollador retrocedió un paso arrastrando á Julia, que contemplaba aquello sin comprenderlo.

—Deja á esa niña—dijo el desconocido con un aire resuelto de mando.

El Oso-rico quiso luchar aún, y haciendo un esfuerzo de valor, contestó:

—¿Y quién sois vos para darme una orden, ni meteros en lo que no os toca? Idos, y dejadme en paz si en algo estimais vuestra vida.

—¡Ah! no os vayais, señor—exclamó Julia—protegedme.

—Calla—dijo el desollador oprimiendo la mano de la jóven.

—¡Ay!—exclamó Julia sintiendo el dolor de su brazo.

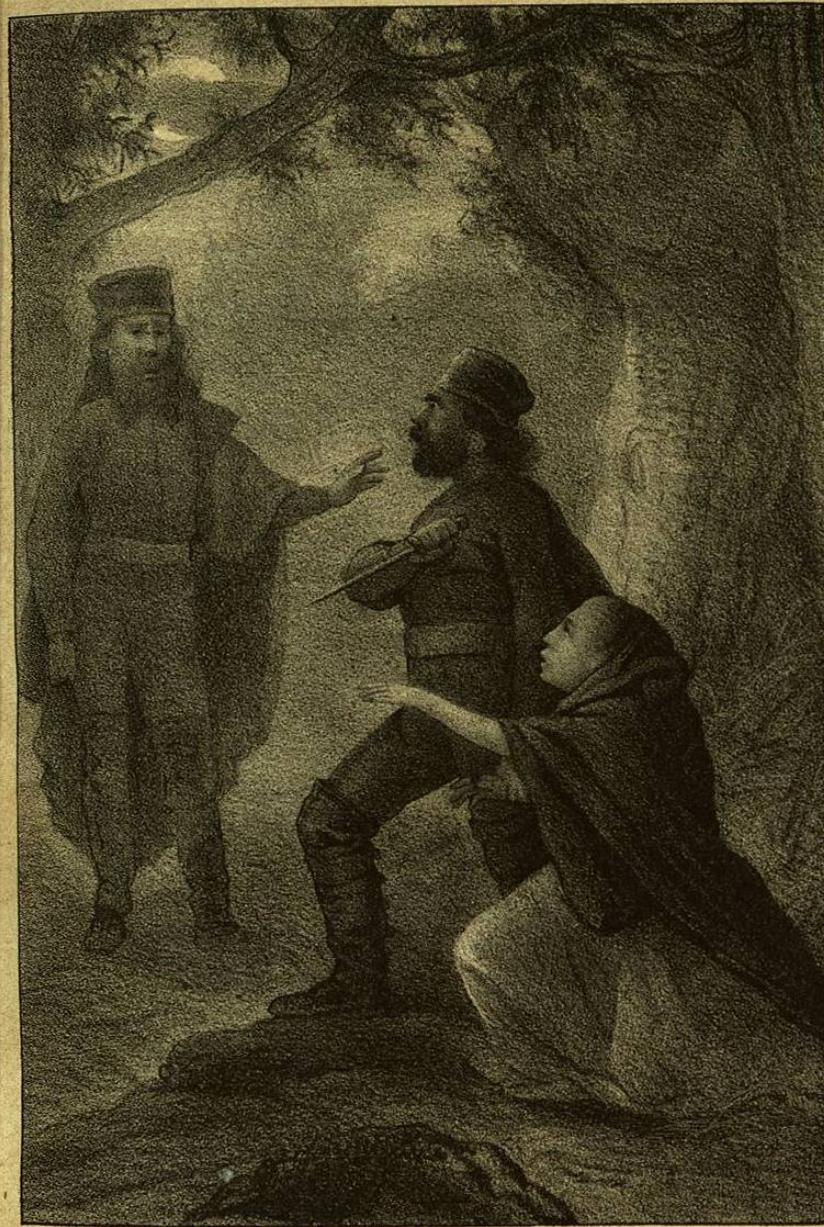
El desconocido no esperó mas, y de un salto, como el de un tigre, cayó sobre el desollador, le arrancó el cuchillo de la mano y le hizo rodar entre la yerba, pero todo esto con la rapidez de un pensamiento.

El Oso-rico se levantó casi en el mismo instante, y sin volver siquiera el rostro, echó á huir por el bosque, exclamando:

—¡Jesus me ampare! es el demonio! el demonio!.....

—Niña—dijo el desconocido dirigiéndose á Julia, que habia quedado desmayada;—niña, ven; te llevaré á tu casa.

Sin saber por qué, la jóven tuvo confianza en aquel hom-



*De la Biblioteca de la Real Academia de Ciencias y Letras de Madrid.*

Deja á esa niña—dijo el desconocido con un aire resuelto de mando.

Pag. 28.

bre, y sin darle las gracias por lo que habia hecho por ella, le tomó familiarmente del brazo.

El hombre miró á la luz de la luna el cuchillo que habia quitado al desollador, y luego con un ademan de profundo desprecio, le arrojó lejos de sí.

Caminaron los dos en silencio hasta llegar á la casa de Julia.

—Hasta aquí, y gracias, señor—dijo la jóven.

—¿Aquí es tu casa, niña?

—Sí, señor: adios.

Julia se desprendió del desconocido, que se quedó un rato parado. De repente la jóven volvió, y acercándose á él, le dijo con candor:

—¿Cómo os llamis?

El hombre vaciló un poco, y luego como resolviéndose, le dijo:

—Juan Morgan.

—¿Juan Morgan?

—Sí; pero guarda el secreto: adios.—Y sin decir mas se alejó de la jóven.

---